



REV. EDWARD CARTER S.J., Editor

INDICE

Vivir en Cristo Jesús	1
Reflexiones sobre la Escritura	3
El Sacerdote y la Eucaristía	4
Reflexiones sobre la Oración.....	5
Palabras de Henri Nouwen.....	5
Un Sentido de Perspectiva	6
Pastores en Cristo	7
María y el Sacerdote.....	7
La Trinidad en nuestras vidas....	7
Acto de Consagración	8

El Pastor Principal del Rebaño

La vida en Cristo Jesús

“Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. El asalariado, las agarra y las dispersa, porque sólo es un asalariado y no le importan las ovejas. Yo soy el buen Pastor: conozco las mías y las mías me conocen a mí. Así como me conoce el Padre, también yo conozco al Padre, y yo doy mi vida por mis ovejas.” (Jn 10, 11-15¹)

Sí, ha entregado su vida por nosotros. A través de su vida, de su sufrimiento brutal y agonizante, de su muerte en cruz, de su gloriosa resurrección, El nos ha conquistado una nueva vida. Verdaderamente vivimos una nueva vida en Jesús: “¿Cómo podrían ignorar este punto? Los que fuimos sumergidos por el bautismo en Cristo Jesús, fuimos sumergidos con él para participar de su muerte. Pues, por el bautismo, fuimos sepultados junto con Cristo para compartir su muerte, y, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros hemos de caminar en una vida nueva.” (Rom 6,3-4).

Y Pablo nos habla de nuevo: “...por todas partes llevamos en nuestra persona la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra persona.” (2 Cor 4, 10).

Cristo ha venido a darnos una parte en la vida trinitaria. En el bautismo las personas de la Trinidad se nos han dado de una manera extraordinaria. La cercanía de la comunicación trinitaria imprime en nosotros la imagen de la Trinidad. Ya que Cristo como hombre reconcilia este don trinitario, esta imagen posee también una dimensión a semejanza de Cristo. Esta semejanza de Cristo, imagen trinitaria en nosotros es nuestra vida de gracia santificante. Esta vida de gracia, este Cristo-vida, nos permite comunicarnos con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, las personas divinas que moran dentro de nosotros. Cristo-vida nos permite volcarnos nosotros mismo en amor a Dios y al prójimo.

La vida que Cristo nos ha dado no es un tipo de estructura añadida que se levanta sobre nuestra naturaleza humana. Aunque naturaleza y gracia son distintas, no caminan una al lado de la otra como seres independientes. Más bien, la gracia permite su existencia a la naturaleza. El cristiano es una persona agraciada. El o ella han sido elevados a una forma más alta de vida en Cristo Jesús. Nada de lo que es auténticamente humano ha sido excluido de esta nueva existencia. Todo lo que es realmente humano

en la vida del cristiano está destinado a ser una expresión de Cristo-vida. Las sencillas pero profundas alegrías de la vida familiar, la alegría de ser aceptado por otra persona en una íntima amistad, la admiración de las bellezas de la naturaleza, la agonía de tener que hacer decisiones importantes, el éxito o la frustración experimentados en el propio trabajo, la alegría de ser bien recibidos por los demás y el dolor de cabeza de no ser entendidos -todas estas experiencias humanas pretenden ser asumidas en Cristo y hechas más profundamente humanas por El.

Cristo ha venido, pues, no a destruir nada que es auténticamente humano, sino a perfeccionarlo llevándolo a una plenitud de gracia.

Aquí siguen un puñado de ideas referentes a nuestra vida en nuestro Salvador, nuestra vida en Cristo Jesús nuestro Señor.

◆ Un muy conocido escritor espiritual de nuestros días, el P. William Johnston, S.J. reconoce: “La amistad con Jesús ha jugado un papel central en las vidas de miles de místicos cristianos que han experimentado a Jesús caminando a su lado como caminó al lado de los discípulos cuando iban a Emaús, o que le han experimentado viviendo en ellos como vivió en Pablo...Ellos le han hablado al Señor de sus esperanzas y de sus temores, de sus planes y de sus proyectos, de sus éxitos y de sus fallos, de sus alegrías y de sus penas. Se han dado cuenta que él es el amigo sobre todo amigo, el más fiel amigo que no les abandonará. Se han dado cuenta que esta es la amistad en la que están enraizadas todas las demás amistades.

“La intimidad con Jesús ha sido también central para la vida de miles, incluso millones, de cristianos sencillos que se han arrodillado ante él pidiéndole el pan de cada día y el auxilio en sus necesidades.

“Pero ahora te oigo de nuevo. Me preguntas sobre los problemas raciales y la guerra nuclear. Te quejas de que este Jesús-y-yo espiritualmente es una evasiva, un escaparse de los problemas urgentes de nuestro mundo en explosión.

“Bien, pudiera ser una evasiva... Pero propiamente entendida esta oración tiene una dimensión profundamente social -sabemos que Jesús está preocupado por los pobres, los enfermos, los oprimidos, los marginados, los deprimidos, los ignorados. No sólo se preocupa de ellos sino que se identifica con ellos. Si queremos ser sus amigos, tenemos que ser amigos de todos estos. Si queremos ser los amigos de Jesús tenemos que abrir nuestros corazones a ser sus amigos y su presencia en el vasto

fragilidad e impotencia humana: En realidad, él muere clavado a una cruz. Pero al mismo tiempo ahí en esa debilidad se lleva a cabo su exaltación, confirmada por el poder de la resurrección, lo que significa que la debilidad de todos los sufrimientos humanos son capaces de ser impregnados con el mismo poder de Dios que se manifestó en la cruz de Cristo. Con esta concepción, sufrir significa llegar a ser particularmente susceptible, particularmente abierto, a la acción de los poderes salvíficos de Dios ofrecidos a la humanidad en Cristo. En El Dios ha confirmado su deseo de actuar especialmente a través del sufrimiento, que es la debilidad del hombre y la vaciedad de sí mismo, y desea que su poder se llegue a conocer precisamente en esta debilidad y vaciedad de sí mismo”⁶

◆ Uno de los primeros representantes de la Escuela Francesa de Espiritualidad, San Juan Eudes, nos habla referente a nuestra unión con Cristo. “Te pido que consideres que Nuestro Señor Jesucristo es tu verdadera cabeza y que tú eres un miembro de su cuerpo.

“El pertenece a ti como la cabeza pertenece al cuerpo. Todo lo suyo es tuyo: el aliento, el corazón, el cuerpo, el alma y todas sus facultades. Todas estas las tienes que utilizar como si ellas pertenecieran a ti, de tal manera que sirviéndole puedas alabarle, amarle y glorificarle. Tú perteneces a El como un miembro pertenece a la cabeza. Esto es porqué sinceramente desea que tú sirvas y glorifiques al Padre usando todas tus facultades como si fueran de El.”⁷

◆ San Pedro Canisio, doctor de la Iglesia, fue bendecido con una especial experiencia mística mientras recibía la bendición apostólica antes de su salida para Alemania. Se le ha llegado justamente a conocer como el segundo apóstol de ese país. Aquí tenemos su descripción de parte de esa experiencia mística. Sus palabras nos sacan a la luz su profundo amor por , y su unión con, su amado Salvador, nuestro Señor Jesucristo: “Finalmente, Salvador mío, me pareció contemplarte en el Corazón de tu Sagrado Cuerpo con mis propios ojos. Fue como si tú te abrieras a mí y me urgieras a beber de él como de un surtidor, invitándome a beber las aguas de la salvación de los surtidores que nacen de ti. Estaba ansiando que las aguas de la fe, la esperanza y la caridad fluyeran desde tu corazón hasta mí. Estaba sediento de pobreza, castidad y obediencia; te supliqué que me revistieras con un traje nuevo. Y luego me sentí atraído a tocar tu amado corazón y saciar mi sed en él; y me prometiste una vestimenta en tres partes para cubrir mi alma desnuda y ayudarme de forma extraordinaria en mi esfuerzo. Esas tres partes eran paz, amor y perseverancia. Seguro con la protección de esta vestidura, estaba más que seguro que no me faltaría nada, y todo tornaría para tu gloria.”⁸

Reflexiones sobre la Escritura

◆ **Apertura ante Dios.** “En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una joven virgen que vivía en una ciudad de Galilea llamada Nazaret, y que

era prometida de José, de la familia de David. Y el nombre de la virgen era María. Entró el ángel a su presencia y le dijo: ‘Alégrate, llena de gracia; el Señor está contigo.’ María quedó muy conmovida por lo que veía, y se preguntaba qué quería decir ese saludo. Pero el ángel le dijo: ‘No temas María, porque has encontrado el favor de Dios. Vas a quedar embarazada y darás a luz a un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús. Será grande, y con razón lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de David, su antepasado. Gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reinado no terminará jamás.’ María entonces dijo al ángel: ‘¿Cómo podré ser madre si no tengo relación con ningún hombre?’ Contestó el ángel: ‘El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso tu hijo será Santo y con razón lo llamarán Hijo de Dios. Allí tienes a tu parienta Isabel: en su vejez ha quedado esperando un hijo, y la que no podía tener familia se encuentra ya en el sexto mes del embarazo. Para Dios nada será imposible.’ Dijo María: ‘Yo soy la servidora del Señor; hágase en mí lo que has dicho.’ Después de estas palabras el ángel se retiró.” (Lc 1,26-38).

Dios quiere lo mejor para nosotros. Su amor se muestra deseoso de llevarnos cada vez más cercanos a El. Su amor por nosotros es un amor transformante. Mientras más nos sometemos a él más está llevando a cabo nuestra futura conversión. Nos pone en pista de hacernos más profundamente cristianos. El amor de Dios por nosotros es absolutamente capaz de hacernos felices, de hacernos personas plenamente realizadas, de hacernos que en las profundidades de nuestros seres realmente conozcamos lo que queremos ser y lo que deberíamos ser.

Podemos poner obstáculos a los designios transformadores de los planes de Dios. Podemos decir no a este amor. Podemos ser reacios a abrirnos a la ternura, amorosos toques, de Dios. Podemos comprometernos en un proceso de propia cerrazón. Podemos decidir planificar nuestro propio camino de felicidad, olvidando que los planes de felicidad que excluyen a Dios son finalmente planes para experimentar frustración y vaciedad.

En otro momento no es el demasiado egoísmo el que nos lleva a decir no a Dios, es más bien el miedo. Oímos la voz de Dios llamándonos cada vez más alto. Oímos su voz pidiéndonos algo que parece muy difícil. Oímos su voz pidiéndonos algo que ni siquiera habíamos sospechado. Sí, oímos todo esto -y retrocedemos porque tenemos miedo. Rechazamos a Dios porque nuestro miedo focaliza nuestra atención en lo que nosotros somos más que en lo que Dios es. Miramos demasiado a nuestra propia debilidad, más que al poder de Dios que puede transformar nuestra inseguridad en una fuerza poderosa.

En todo esto María se ofrece como ejemplo. El egoísmo fue desconocido para ella. Ella no perteneció a sí misma. Ella perteneció a Dios. Ella no estaba encerrada en sí misma. Estaba completamente abierta a Dios. Cuando Dios hablaba, ella escuchaba. Cuando Dios le señalaba el camino, ella lo seguía. Se dio cuenta de que la vida no es un proceso que una persona controla planificando cuidadosamente según la idea de sus propios planes de conquista, sino un misterio para ser gradualmente experimentado en apertura a la personal y amorosa guía de Dios.

El egoísmo, pues, no aisló a María de la llamada de Dios. Ni tampoco el miedo. Dios la pidió aceptar una enorme responsabilidad. La pidió ser Madre de Jesús. María no se envolvió en un proceso de falsa humildad y dijo que puesto tan singular excedía su capacidad. No dijo que no tenía las cualidades adecuadas para esta sin igual misión. Rápidamente, no perdió tiempo mirándose a sí misma, ni haciendo peticiones de lo que no era digna, ni diciendo al ángel que mejor fuera a buscar a otra persona. No, María no se miraba a sí misma. Su asombro fue incorporado a Dios. Se daba plenamente cuenta de que todo lo que Dios le pidiera, su gracia lo llevaría a cabo. Se daba plenamente cuenta de que aunque ella tenía que cooperar, este trabajo era más de Dios que de ella.

Las palabras de María, pues, valoran lo que es la auténtica respuesta cristiana en cualquier momento de la vida, y en cualquier situación: “Soy la esclava del Señor,” dijo María, “hágase en mí según tu palabra”.

◆ **La gente nos está contemplando.** “Ustedes son luz para el mundo. No se puede esconder una ciudad edificada sobre un cerro. No se enciende una lámpara para esconderla en un tiesto, sino para ponerla en un candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa. Así, pues, debe brillar su luz ante los hombres, para que vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre de ustedes que está en los cielos. (Mt 5:14-16)

mundo del sufrimiento y la opresión. La amistad con Jesús es la amistad con el mundo.”²

◆ Tratando de construir sobre el pensamiento de Johnston, deberíamos recordarnos siempre que nuestro ministerio dirigido a los demás -sea como un activista social, o como un científico del mundo académico- va a ser efectivo en proporción directa a nuestra amistad, a nuestra unión, con Jesús. Si nuestra amistad con Jesús es mediocre, entonces los frutos de nuestro ministerio van a ser relativamente mediocres. Si nuestra unión con Jesús es profunda y viva, entonces nuestro ministerio llevará mucho fruto. En realidad, nuestro servicio a los demás es significativo y efectivo en proporción a nuestro amor y amistad con Jesús. No intentemos locamente convencernos a nosotros mismos de otra manera. No pensemos que el éxito real en nuestro ministerio está necesariamente en proporción a la cantidad de alabanza, aceptación, y aplauso que recibamos. Tampoco pensemos que nuestro ministerio está inexorablemente ausente cuando recibimos muy poco o ningún reconocimiento a los servicios que hacemos a los demás, cuando nos ridiculizan, cuando no nos entienden precisamente aquellos por los que estamos haciendo un especial esfuerzo por servir en el Señor. Más bien, en todo caso la auténtica medida del éxito de nuestro ministerio depende de nuestra unión de amor con Jesús. En el evangelio de Juan leemos:

“Yo soy la vid verdadera,
y mi Padre el viñador.
Si alguna de mis ramas no produce fruto,
él la corta;
y limpia toda rama que produce fruto
para que dé más.
Ustedes ya están limpios:
La palabra que les he dirigido
los ha purificado.
Permanezcan en mí
y yo permaneceré en ustedes.
Como la rama no puede producir fruto por sí misma
si no permanece en la planta,
así tampoco pueden ustedes producir fruto
si no permanecen en mí.
Yo soy la vid y ustedes las ramas.
Si alguien permanece en mí, y yo en él,
produce mucho fruto,
pero sin mí no pueden hacer nada. (Jn 15,1-5).

◆ El Padre Eduardo Leen, C.S. Sp., ofrece estas inspiradoras palabras: “El ... conocimiento que hemos adquirido del Corazón de Jesús nos estimula a penetrar en sus profundidades, y es acompañado por el ardiente deseo de eliminar de nosotros lo que de nuestro corazón no es semejante al suyo.

El estudio de El nos inspira el deseo de llegar a ser hombres como El. Y luego cuando nuestra vida y actos llevan una semejanza a los de Jesús, Dios viene y derrama su divinidad en abundancia en nuestras almas, derrama sobre ellas los dones de su gracia, y poco a poco va derribando las barreras que existen entre la criatura y el Creador, introduce a las almas en la felicidad que acompaña a la unión con la divinidad. Una inmensa felicidad se origina de

esta unión, incluso en la imperfecta manera que pertenece a la condición de nuestro estado de exilio en la tierra. Esta es la plena teoría de la santidad. La iniciativa de esta gracia que se da viene de Dios. El se la da a todos los que no presentan obstáculo a su generosidad ... De la misma manera, tal como el Padre celestial ve que las almas de sus hijos adoptivos asumen los rasgos de su Único Hijo, así El distribuye libremente sus tesoros. El da en proporción al grado de semejanza que El advierte nosotros llevamos con Jesús en la conducta de nuestra vida. Este es el significado de esas misteriosas palabras que se oyeron desde el cielo con ocasión de la Transfiguración, ‘Este es mi Hijo, el Amado; este es mi Elegido; a él han de escuchar.’ (Mt.17,5). Esta es también la explicación de la enseñanza de San Pablo, que la entera carga de lo que existe el cristiano debiera a prender a llevarla como Cristo.”³

◆ Y, en otro lugar, el Padre Leen nos instruye sobre lo que significa predecir en Cristo Jesús: “*Creer en Jesucristo* no es lo mismo que *creerle*. Creer en El es algo más que aceptar sus palabras como verdaderas; es incluso más que someterse a su autoridad en lo concerniente a ciertas misteriosas presentaciones relativas a su origen, a su vida, a su doble naturaleza. *Creer en* una persona no es equivalente a creer a una persona o creer las cosas que esa persona hace. Significa ir más allá, y un total sometimiento de nosotros mismos, a la persona en la que nosotros ponemos nuestra fe. Es colocar sus principios y puntos de vista en lugar de los nuestros. Por tanto, creer en Cristo es asentir por completo a su teoría de la vida y aceptarla como propia nuestra. Significa asumir todos sus valores como nuestros. La vida para un tal creyente tiene ese valor interno, esa significación, esa orientación que tiene para su divino Maestro. Si El, con su penetración de las cosas, declara que el ideal de la vida humana es de este modo, sus auténticos seguidores deben cariñosamente aceptarlo como el único válido. En una palabra, creer en Jesucristo es aceptar sus principios como guía de vida, renunciar a todos los principios de la ‘buena vida’ que están en oposición a la de El y someter no sólo toda nuestra conducta, sino nuestros juicios también, a su dictamen. Es hacer que su mente sea la nuestra en todos los asuntos que pertenecen al trabajo de nuestra vida en la tierra. ‘Tengan unos con otros las mismas disposiciones que tuvo Cristo Jesús,’ escribe el Apóstol en su carta a los Filipenses (Fil. 2,5). Es de advertir que nosotros no llegamos a esta transformante fe meramente por abrazar que esa teoría de vida del Salvador es, en realidad, digna de alabanza, admirable, sublime e incomparable sí, al mismo tiempo, la consideramos como una que admite otras más modestas alternativas. No *creemos en* el Salvador completamente, a menos de que tengamos la práctica convicción de que su teoría de vida y su conducta de vida es la única admisible.”⁴

◆ El Papa Juan Pablo II, en su encíclica, *Sobre el Trabajo Humano*, advierte: El cristiano encuentra en el trabajo humano una pequeña parte de la cruz de la redención en la que Cristo aceptó su cruz por nosotros. En el trabajo, gracias a la luz que nos invade desde la resurrección de Cristo, siempre encontramos un ‘flash’ de nueva vida, de nueva bondad, como si ello fuese un anuncio de ‘los nuevos cielos y la nueva tierra’ (cf 2 Pt 3,13; Rev 21, 1) en que el hombre y el mundo participan de manera concreta a través del esfuerzo que acompaña al trabajo. Con esfuerzo - y nunca sin él.

“Por una parte, esto confirma lo indispensable que es la cruz en la espiritualidad del trabajo humano; por otra parte, la cruz que constituye este esfuerzo revela un nuevo resurgir desde el mismo trabajo, desde el trabajo entendido en profundidad y en todos sus aspectos y nunca desconectado del trabajo.”⁵

◆ De nuevo, el Papa Juan Pablo II nos habla de compartir la cruz y la resurrección de Jesús: “Los que comparten los sufrimientos de Cristo tienen delante de sus ojos el misterio pascual de la cruz y la resurrección en que Cristo se anonada, en una primera etapa, hasta los límites últimos de la



Jesús enseñaba con sus palabras y con sus acciones. Hablaba a grandes muchedumbres, a grupos pequeños, a todo tipo de personas. Hablaba del amor y de la amistad, de la alegría y del sufrimiento, de la vida y de la muerte. Tenía un mensaje que difundir, el mensaje de su Padre, y no desperdiciaba las oportunidades. Para El no era suficiente hablar meramente del mensaje de su Padre. Estaba constantemente enseñando también mediante el completo acontecimiento de su vida, muerte y resurrección. No sólo sus palabras, sino también sus acciones hablaban alto y claro. No sólo hablaba del amor que nos teníamos que tener unos a otros, El mismo encarnaba esta enseñanza entregando su vida por la salvación de todos. Sus palabras hablaban elocuentemente de amor fraterno. Y su cuerpo amoratado y ensangrentado clavado a la cruz nos habla de lo mismo. Sus palabras sonaban convincentes. El estilo personal de vida podría conmovier al más duro corazón.

Jesús nos invita a que le ayudemos a continuar su misión de enseñar. La forma de actuar permanece la misma; nosotros, también, como Jesús hizo antes que nosotros, vamos a enseñar por la palabra y por las acciones. Las oportunidades para enseñar de palabra son más numerosas de lo que pudiéramos sospechar. No son sólo los obispos y los sacerdotes y los profesores de religión quienes enseñan de palabra. Los padres, en el proceso de educación de sus hijos, tienen numerosas oportunidades para enseñar el mensaje de Jesús. Los amigos hablan de todo tipo de cosas. Si uno es sinceramente cristiano, su amigo o amiga llegará finalmente a captarlo.

Las oportunidades de enseñar a cerca de Jesús por medio de nuestras acciones son incluso más numerosas que las muy variadas ocasiones que tenemos para hablar del mensaje de Jesús. La gente nos está contemplando. No podemos esconder por largo tiempo el estilo de vida en que nos movemos, y que motiva tan profundamente todo lo que hacemos. Si vivimos de acuerdo a los principios de placer, esto se manifiesta evidente. Si vivimos de acuerdo a los principios del dinero, también se manifiesta con evidencia. Si somos íntimos seguidores y amigos de Jesús, también esto lo advierte claramente la gente. Nos reconocerán por la forma de trabajar y de divertirnos, por nuestra actitud hacia la vida y la muerte, por el rechazo de convertirnos en personas amargadas a pesar de sufrimientos grandes, por la forma como tratamos a los demás, especialmente los que son pobres, los ridiculizados, los discriminados, los poco importantes y sin valor en la sociedad. Si somos profundamente cristianos, la forma de pensar y actuar de Cristo inevitablemente afectará nuestra forma de pensar y de actuar. Estamos llamados a proyectar a Jesús y su mensaje a través de nuestra humanidad. Tanto si hacemos, como si no. Ya captemos las numerosas y diarias oportunidades para ayudar a predicar a Jesús por nuestra forma de vivir, o no. O si respondemos a la invitación de Jesús de ser luz para el mundo, o no... Esta invitación se extiende a todos, pero de una manera especial a los sacerdotes. Jesús, a través de las Sagradas Ordenes, se ha dado a

sí mismo al sacerdote del modo más especial. Si el sacerdote dándose cuenta del amor precioso de Jesús por él como el singular sacerdote-compañero se somete a Cristo, esto le proporciona una alegría muy particular. Porque el sacerdote, por su especial unión con Jesús, puede ser una luz para el mundo de una manera totalmente extraordinaria.

El Sacerdote y la Eucaristía

♦ *El Directorio sobre el Ministerio y la Vida de los Sacerdotes* nos dice: “Es necesario recordar el irremplazable valor que la celebración diaria de la misa tiene para el sacerdote. Debe vivirla como el momento cumbre de su día y de su ministerio diario, fruto de un sincero deseo y ocasión para un efectivo y profundo encuentro con Cristo, y debe tomar el mayor cuidado de celebrarla con total dedicación de mente y corazón.

“En una sociedad cada vez más sensible a la comunicación a través de los signos y las imágenes, el sacerdote tiene que prestar cuidadosa atención a todo lo que enaltece el decoro y la reverencia de la celebración eucarística. Es importante que, en las celebraciones, se ponga atención particular a la dignidad y limpieza del lugar, a la estructura del altar y del sagrario, a la dignidad de los vasos sagrados, a los ornamentos, a los himnos, a la música, al necesario silencio, etc... Todos esos son elementos que pueden contribuir a una mejor participación en el sacrificio eucarístico. De hecho, una falta de atención a los aspectos simbólicos de la liturgia y, más aún, el descuido y frialdad, la superficialidad y desorden... debilitan el proceso en el fortalecimiento de la fe. Los que celebran inadecuadamente la Misa revelan debilidad en su fe y fallan en educar a los otros en la fe. Al celebrar la eucaristía bien, sin embargo, se desarrolla una altamente cualificada catequesis sobre el Sacrificio.

“El centro de la Eucaristía debería ser evidente no sólo en la digna celebración del Sacrificio, sino también en la apropiada adoración del Sacramento para que el sacerdote pueda ser el modelo para el creyente también por la devota atención y diligente meditación... cuando sea posible hacerla en la presencia de nuestro Señor en el sagrario. Es de esperar que los sacerdotes a los que se les confía la guía de comunidades dediquen largos períodos de tiempo a la adoración en común y presten la mayor atención y honor por el Santísimo Sacramento del altar, incluso fuera de la misa, por encima de cualquier otro gesto o rito. ‘La fe y el amor por la Eucaristía no permitirán a Cristo permanecer solo en su presencia en los sagrarios.’”⁹

♦ Tomado del diario espiritual de una persona leemos: “Cuando un sacerdote está lleno del amor de Jesús, se unirá más profundamente con Cristo en el gran sacrificio que está siendo ofrecido al Padre. En el santo sacrificio de la Misa, el creyente verá a Jesús a través del sacerdote ofreciendo el sacrificio al Padre. Nosotros levantaremos los ojos y sentiremos, en este sublime sacrificio, la presencia de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Nos unimos en el sacrificio que se ofrece al Padre. Todos nos unimos como uno y nos damos en esa unidad con Jesús, en ese amor al Padre, en el Espíritu Santo. Morimos a todas esas cosas que no son de El y nos unimos al gran milagro que tiene lugar en la misa. El Padre mira desde arriba y ve el sacrificio de su amado Hijo a través de las manos consagradas de sus sacerdotes santos. Los cielos se unen a la tierra. La tierra grita de júbilo por el gran regalo que nos viene del Dios Altísimo y nosotros nos unimos como criaturas que se dan a sí mismas en sacrificio a nuestro amado Creador. ¿Experimentamos la presencia de Dios mientras su poder fluye a torrentes a través de las manos de un hombre, el sacerdote que toma pan y vino ordinario y los cambia en el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor? ¿Oímos a Jesús anunciar, como lo hizo en la última cena, con la intensidad de su voz que reflejaba todo el conocimiento de los acontecimientos que se acercaban de su pasión y muerte?”¹⁰



Reflexiones sobre la Oración

♦ El Padre Edward Farrell nos dice: “Es necesario que cada día gastes tiempo a solas con el Señor si deseas conocerle más íntimamente. El ritmo de nuestra oración nos es dado por el mismo Evangelio. Al fin, la razón por la que un cristiano reza es porque Cristo lo manda. Lo ordena con su vida; y si nosotros somos discípulos de Jesús, entonces debemos orar como el oraba.”¹¹

♦ Ninguna persona realista espera poder evadir en totalidad el dolor y la adversidad que conllevan los acontecimientos del transcurrir humano. Tiempos de adversidad son obviamente un inevitable aspecto de nuestra condición humana en este mundo. Son tan ciertos como el sol del verano, la nieve del invierno y la lluvia de la primavera. La cuestión, pues, no es si la vida humana encontrará penas. La cuestión es más bien, cuán a menudo, hasta qué grado, qué forma tomarán las dificultades, cuál será la reacción de la persona.

Todos constantemente experimentamos las más pequeñas adversidades de cada día. La variada exhibición de diminutas molestias, el agonizantemente lento paso en el que nuestros esfuerzos deben proceder para llevar a cabo lo bueno, el no ser comprendidos, el pasar inadvertidos, el soportar con indiferencia, el experimentar los momentos de la depresión ordinaria, el soportar la ordinaria variedad de dolores físicos y enfermedades -estos son algunos de los más constantes y ordinarios contratiempos que nos afligen a cada uno sin excepción.

En más aislados momentos de la vida, la adversidad puede tomar dimensiones mayores. Nos sentimos sobrecargados, derrotados, quizá tentados a la desesperación. Tan grande es nuestra aflicción que cada momento parece una hora, cada hora parece un día, cada día como una eternidad. Cualquiera que sea la causa de la adversidad, produce un sentimiento común que, aunque el problema sea algo reciente en nuestra vida, parece como si hubiéramos estado una larga vida con él.

Ya sean nuestra dificultades moderadas o arduas, Dios nos invita a orar -no sólo entonces, pero principalmente en esos momentos. Nuestra oración puede ser muy variada. Podemos orar pidiendo paciencia para sobrellevar los problemas más ordinarios de cada día. Podemos orar pidiendo todo el valor necesario para soportar este tipo de sufrimiento agonizante que nos hace llorar. Podemos orar pidiendo luz para entender el sentido del sufrimiento, y fuerza para aceptarlo en nuestra vida. Podemos orar para pedir a Dios que nos quite el sufrimiento si tal es de su agrado, y para que nos de una amorosa conformidad a su voluntad si él permite que las dificultades continúen. La oración, entonces,

es un variado remedio a todas las necesidades. El poder de todo lo que nos atormenta es grande. Pero el poder de la oración, que nos da la capacidad de afrontarlo adecuadamente, es mucho más grande.

♦ Nuestra oración está dirigida por Cristo -esto es simplemente una función de la verdad fundamental de que Jesús es el mediador en todos los asuntos entre el Padre y nosotros. Nuestra oración, pues, debiera estar enraizada en Cristo. Es importante que nos demos cuenta que, por muy variado que nuestro tipo de oración pueda ser, nosotros siempre nos acercamos al Padre por medio de Jesús y con Jesús, en el Espíritu Santo.

“Podemos completar el Cristo-centrismo de la oración considerando los misterios y los acontecimientos de la vida de Cristo cuando oramos, permitiendo que esta consideración nos penetre, permitiendo que estos acontecimientos modelen nuestras vidas cada vez más de acuerdo a la imagen de Cristo. También, nuestra aproximación a Cristo durante un período de oración puede tomar la exigencia de que permitamos que una particular enseñanza de Jesús tome un mayor control de nosotros. Sin tratar de dar una lista exhaustiva, estos son unos ejemplos de cómo nuestra oración puede ser Cristo-céntrica. Si, en la oración el Padre desea hablarnos a través de su Hijo Encarnado. Bajo la guía del Espíritu Santo nos abrimos a Cristo-centro del Padre, al mensaje centrado en el amor, y respondemos con nuestro propio amor: “En diversas ocasiones y bajo diferentes formas, Dios habló a nuestros padres por medio de los profetas, hasta que en estos días, que son los últimos, nos habló a nosotros por medio de su Hijo.” (Heb 1: 1-2)

♦ Un bien conocido escritor espiritual de nuestro tiempo, Don Hubert van Zeller nos dice: “La pregunta surge a propósito de cómo la oración sencilla de fe se relaciona con la asistencia a Misa. ¿No tiene la mente, cuando sigue el movimiento de la misa, que permitarnos salir de la simplicidad para que nos dirijamos a una oración más alta? Es aceptado

que la mente se ocupa de un número de puntos que se le presentan con lo que está sucediendo en el altar, pero su foco está todavía en sólo Dios. El pensamiento de Dios, y la unión con él, ocupa la parte esencial del alma mientras se pone la atención de los sentidos internos y externos en la acción del sacrificio.

“Al orar con Cristo en la misa no estamos complicando nuestra oración sino que de hecho la estamos simplificando. Si la oración de Cristo está unificada, y si nosotros compartimos esa oración, nuestra oración también está unificada. La suya es directa, instantánea, sencilla, mientras se ofrece a sí mismo al Padre en sacrificio. Así puede ser la nuestra también. Los sentidos perciben en diversidad, pero el alma recibe y responde en unidad.

“Esto no es un asunto académico sino práctico. En la historia de la espiritualidad Católica se ha fomentado la idea de que la oración interior es tan calmada y secreta que se hace incompatible con el acto de asistir a misa.

La misa interferiría la tranquilidad del alma. La misa es un tipo de oración (así se arguye) y la búsqueda del silencio teniendo a Dios en el corazón es otra. La insinuación es que el alma tiene que bajar de la cumbre a presenciar el sacrificio en el llano. Ya que el sacrificio es de Cristo, y ya que si no fuera por el sacrificio de Cristo los cristianos no podríamos en absoluto orar, esta tal teoría es completamente inadmisibles.”¹²

Palabras de Henri Nouwen

Aunque la muerte se lo ha llevado de entre nosotros en cierto sentido, Henri Nouwen siempre permanecerá con nosotros a través de sus palabras escritas. Aquí tenemos unos pocos extractos de estos escritos.

♦ “Recuerdo vivamente cómo, en un momento, llegué a convertirme en un dependiente del cariño y amistad de una persona. Esta dependencia me hundió en un pozo de gran angustia y me llevó al borde de una depresión autodestructiva. Pero desde ese momento fui ayudado a experimentar mi adición interpersonal como una expresión de la necesidad de someterme totalmente al Dios vivo que llenaría los más profundos deseos de mi corazón, y

*María,
Regina de
la Paz,
Ruega por nosotros.*

Continuación de *Palabras de Henri Nouwen*, pag. 5
comencé a vivir mi dependencia de una forma radicalmente nueva. En lugar de vivirla como humillación y frustración, fui capaz de vivirla como una urgente invitación a afirmar el amor incondicional que Dios me tenía, un amor del que puedo depender sin ningún miedo.”¹³

◆ “La alegría que Jesús ofrece a sus discípulos es su misma alegría, que fluye de la más íntima comunión con Aquel que lo envió. Es una alegría que no separa los días alegres de los días tristes, los momentos de éxito de los momentos de fracaso, las experiencias de estima de las experiencias de vergüenza, la muerte de la resurrección. Esta alegría es don divino que no nos abandona en los momentos de enfermedad, pobreza, opresión, o persecución. Está presente incluso cuando el mundo ríe o tortura, cuando roba o castiga, cuando lucha o asesina.

Es realmente excitante, siempre moviéndonos de la mansión del miedo al hogar del amor, y siempre proclamando que la muerte nunca más tiene ya la última palabra, aunque su ruido permanezca ostentoso y su destrucción visible.”¹⁴

◆ “Pero es exactamente en esta buena disposición para conocer al otro completamente cuando podemos entrar en contacto con él o ella y llegar a convertirnos en sus consoladores. Así pues, consolar significa, antes que nada, crear un espacio vacío pero amigable donde todos esos que sufren puedan contar su historia a alguien que los escuche con verdadera atención. Es triste que a menudo este escuchar es interpretado como una técnica. Nosotros decimos, ‘Dale una oportunidad de comunicarlo. Le hará bien.’ Y hablamos del efecto ‘medicinal’ de escuchar, sugiriendo que ‘sacándolo fuera de tu reducido mundo’ o ‘sacándolo fuera de ti al aire libre’ tendrá en sí mismo un efecto purificador. Pero la acción de escuchar es un acto que debe ser desarrollado, no una técnica que puede ser aplicada como una llave mecánica a un tornillo o a una tuerca. Se necesita la presencia plena y real de las dos personas. Es en realidad una de las más altas formas de hospitalidad.”¹⁵

◆ ¿Quién piensa que es inmortal? Cada vez que buscamos ansiosamente a otro ser humano que pueda romper las cadenas de nuestra soledad, y cada vez que levantamos nuestras defensas para proteger nuestra vida como una inalienable propiedad, nos encontramos a nosotros mismos atrapados en esa persistente ilusión de inmortalidad. Aunque continuamos diciendo a los demás y a nosotros mismos que no viviremos por siempre y que vamos a morir pronto, nuestras acciones diarias, pensamientos y preocupaciones, continúan revelándonos lo duro que es aceptar plenamente la realidad de nuestras propias afirmaciones.

“Obviamente, los pequeños y sencillos acontecimientos continúan hablándonos de lo fácilmente que nos exteriorizamos y exteriorizamos a nuestro mundo. Una sola palabra agresiva es capaz

de hacernos sentir tristes y solos. Un solo gesto de rechazo es capaz de hundirnos en un reproche de nosotros mismos. Un solo fallo un poco significativo es capaz de llevarnos a una depresión autodestructiva. Aunque hemos aprendido de los padres, de los profesores, de los amigos y de muchos libros, tanto sagrados como profanos, que nosotros somos más valiosos de lo que el mundo nos hace sentir, continuamos dando un valor eterno a las cosas que poseemos, las personas que conocemos, los planes que tenemos, y los éxitos que ‘acumulamos’. En realidad, sólo hace falta una pequeña agitación para que quede nuestra ilusión de inmortalidad al descubierto y se revele lo mucho que hemos sido víctimas del mundo que nos rodea sugiriéndonos que estamos ‘en control’. ¿No están los muchos sentimientos de tristeza, la pesadez de cabeza, incluso la oscura desesperación, a menudo íntimamente relacionados con la solemnidad exagerada con que hemos revestido a la gente que conocemos, a las ideas a las que estamos expuestos y a los acontecimientos de los que somos parte? La falta de flexibilidad, que excluye el humor en la vida, puede crear un depresión sofocante que nos impide levantar nuestras cabezas sobre el horizonte de nuestra propia limitada existencia.”¹⁶

*Corazón de Jesús,
Ponemos nuestra confianza en Ti.*

Un Sentido de Perspectiva

La vida, en su básica orientación y finalidad, es realmente bastante sencilla. Sin embargo, esta simplicidad fundamental de la vida se expresa en multiplicidad de formas. Como

consecuencia, el variado y completo cuadro de la existencia humana se compone de muchas piezas. No es siempre fácil conservar cada pieza en su propio lugar. Para intentar conservar todos los aspectos de la vida en equilibrio se requiere un constante esfuerzo. Mantener un propio sentido de perspectiva ofrece un reto que presenta constantes exigencias sobre las capacidades de nuestra madurez cristiana.

Toda suerte de experiencias humanas, algunas agradables, otras inspiradoras, y otra dolorosas, pueden actuar como intrusas en nuestro sentido de perspectiva. Estas experiencias, si no son manejadas correctamente, pueden desviarnos de una visión equilibrada de la vida. ¿Cuales son algunas de estas experiencias?

Las ocasiones de fracaso tienen un extraño poder para extorsionar nuestro sentido de perspectiva. El fracaso, especialmente cuando es en grandes proporciones, parece extender su manto sobre nuestra entera consciencia, tratando de hacernos olvidar las muchas veces que hemos gustado el éxito. El fracaso puede ser una fuente de crecimiento. Pero no automáticamente. Lleva, más bien, un doloroso esfuerzo hacer que de la experiencia de fracaso obtengamos un factor positivo en nuestro viaje hacia la madurez cristiana.

En el otro extremo del espectro encontramos situaciones de felicidad y éxito. Estas por diferente motivos, pueden también hacernos perder un sentido de proporción si no son adecuadamente asimiladas. En tiempos de éxito y felicidad, particularmente en los momentos de eufórica felicidad, tenemos que mantener nuestros corazones con una moderada y firme comprensión no sea que nos lleven a caminos indeseados. La felicidad puede ser un ímpetu e inspiración para una exitosa vida. Pero si no son adecuadamente controlados, los momentos de éxito y felicidad pueden ser un vino pesado que carga la cabeza. En nuestro deseo de continuar disfrutando del brillo de la felicidad, podemos bloquear otros aspectos de nuestras vidas -la llamada del deber o cualquier otra cosa- que exigen justamente dedicarles un tiempo y atención

La experiencia del fracaso -que mencionamos más arriba- es una clase de sufrimiento. Pero hay también otras muchas clases. Mientras miramos al sufrimiento con una mirada de fe, vemos que ésta está llamada a ser expansiva. Pretende, a través de su proceso de purificación, ahondar en nuestra capacidad de vivir en plenitud. El sufrimiento, asimilado adecuadamente, tiene un poder especial de hacernos capaces de un más profundo amor a Dios y al prójimo. Si, por otra parte, rechazamos el sufrimiento puerilmente, si lo boicoteamos en su impulso purificador, entonces el sufrimiento tiene el efecto contrario. Nos predispone a hacernos más amargados.

Lejos de ampliar nuestras miras, nos las estrecha. Nos vuelve egoístamente sobre nosotros mismos. Nos enrolla en un proceso de continuo lamento de nosotros mismos. Estrecha de tal forma nuestra visión que nos hace mirar nuestro dolor morbosamente en un sentido que deforma la experiencia del sufrimiento. Rehusamos ver el puesto del sufrimiento en una más amplia perspectiva de todo lo que nos rodea. Nos resistimos a ver que el sufrimiento es una inevitable dimensión de la vida. Porque hemos perdido perspectiva, no podemos ver que si uno no acepta voluntariamente el sufrimiento, la persona está rechazando continuar en la búsqueda de su madurez. Rechazar el sufrimiento es rechazar el crecimiento personal.

La ansiedad concerniente a una tarea particular o a un objetivo que queremos llevar a cabo es otra clase de experiencia que puede estrechar la amplitud de miras que nos da una equilibrada visión de la vida. Y porque este asunto es muy importante para nosotros, comenzamos a pensar que el verdadero éxito o fracaso de la misma vida depende en si somos o no capaces de llevar a su fin la tarea o realizar el objetivo en cuestión. Tendemos a perder perspectiva. Tendemos a estrechar nuestras miras contemplando casi exclusivamente el asunto que llevamos entre manos, olvidando que, mientras que esto es importante, no cubre sino un solo punto del largo viaje que es la totalidad de nuestra existencia humana.

Los ejemplos mostrados son escogidos de entre muchas posibilidades de experiencias de vida, y son suficientes para hacernos entender que mantener un constante y dinámico sentido de perspectiva no es una tarea fácil. Pero el logro de una equilibrada visión de la vida merece la pena todo esfuerzo. La gente que mantiene una apropiada perspectiva de la vida manifiesta una confiada calma. Pueden experimentar fracaso, éxito, sufrimiento, alegría, felicidad, y ansiedad. Pero la experiencia de todo esto es canalizada a través del prisma que es una equilibrada visión de la vida. Como resultado, estas personas parecen estar básicamente en paz con ellas mismas, y de una manera constante. Son personas que están profundamente empapadas de la paz de Cristo, este Cristo que siempre mantuvo esa perspectiva perfecta de la existencia humana.

Pastores en Cristo

San Agustín escribió estas palabras para los sacerdotes: "Ciertamente, si hay buen rebaño hay también buenos pastores; el buen rebaño promociona a los buenos pastores. Pero todos los buenos pastores son uno con el único buen pastor;

forman una unidad. Sólo si ellos alimentan el rebaño, Cristo está alimentando el rebaño. Los amigos del novio no hablan con su propia voz, sino que se alegran enormemente escuchando la voz del novio. El mismo Cristo es el pastor cuando ellos actúan como pastores. 'Yo les cuido', nos dice, porque su voz está en sus voces, su amor en el amor de ellos...

"Todos los pastores debieran ser uno en el único buen pastor. Todos debieran hablar con la única voz del único pastor, para que el rebaño pueda oír y seguir a su pastor; no éste o éste otro pastor, sino el único pastor. Todos debieran hablar con una sola voz en Cristo, no con diferentes voces... El rebaño debería oír la voz limpia de todo cisma, libre de toda herejía..."¹⁷

Estas palabras de San Agustín subrayan la profunda unión que existe entre Cristo y sus pastores. Edificando sobre el pensamiento de San Agustín deberíamos intentar siempre crecer en la convicción de que cuanto más unido esté el pastor a su Salvador y Maestro, más fructífero es su ministerio. El Vaticano II nos dice: "Por otra parte, la santidad misma de los sacerdotes contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio; pues si es cierto que la gracia de Dios puede llevar a cabo la obra de salud aun por medio de ministros indignos, de ley ordinaria, sin embargo, Dios prefiere mostrar sus maravillas por obra de quienes, más dóciles al impulso e inspiración del Espíritu Santo, por su íntima unión con Cristo y la santidad de su vida, pueden decir con el Apóstol: 'pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.'" (Gál.2,20)¹⁸

María y el Sacerdote

El Padre Arturo Culkins, un doctor contemporáneo en conocimientos Marianos, nos ofrece estas palabras sobre María y el sacerdote:

"Si cada cristiano debiera verse a sí mismo en el Apóstol Juan, confiado a María como su hijo o hija, cuánto más debieran los sacerdotes reconocerse a sí mismos como hijos de María, como el sujeto de un 'doble' encargo a ella. Y digo 'doble' porque ellos son sucesores de Juan por título duplicado: como discípulos y como sacerdotes. Esto es hermosamente desgranado por el Santo Padre en su "Carta de Jueves Santo a los Sacerdotes" de 1988: '¡Si Juan al pie de la Cruz representa de alguna manera a todo hombre y mujer a los que la maternidad de la Madre de Dios es espiritualmente extendida, cuánto más esto nos concierne a cada uno de nosotros, que estamos sacramentalmente llamados al ministerio sacerdotal de la Eucaristía en la Iglesia!'...

"Aunque Jesús había confiado ya a cada sacerdote a su Madre desde lo alto de la Cruz y el Papa lo ha hecho cientos de veces, es todavía necesario que el sacerdote lo haga por sí mismo si es que él realmente ansia experimentar el poder y protección de la Madre de Dios en su vida tal como su Divino Hijo lo desea. Los sacerdotes que lo han hecho así conocen la diferencia."¹⁹

La Trinidad en nuestras vidas

El Papa Juan Pablo II nos habla de la acción del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo en nosotros: "La verdad revelada en Cristo, a cerca del 'Padre de las misericordias' nos hace posible 'verle' como extraordinariamente cercano al hombre, especialmente cuando el hombre está sufriendo, cuando se encuentra bajo la amenaza en lo más íntimo de su existencia y dignidad. Y esto es por lo que en esta situación de la Iglesia y el mundo de hoy, muchas personas individualmente y en grupos guiados por un vivo sentido de fe están volviendo, yo diría casi espontáneamente, a la misericordia de Dios. Ciertamente, están siendo movidos a hacer esto por el mismo Cristo, que trabaja en los corazones humanos a través de su Espíritu. Por el misterio de Dios el 'Padre de las misericordias' revelado por Cristo, en el contexto de las amenazas que el hombre tiene hoy, según su designio, les hizo una singular llamada a la Iglesia."²⁰





website: <http://www.shepherds-of-christ.org>
E-Mail: info@shepherds-of-christ.org

SEPTIEMBRE/OCTUBRE 1997

pastores de Cristo

Los Ministerios de Pastores de Cristo
P.O. Box 193
Morrow, Ohio 45152-0193
USA

Pastores de Cristo, una publicación de espiritualidad para sacerdotes, se edita cada dos meses por Shepherds of Christ Ministries, P.O. Box 193, Morrow, Ohio 45152-0193, USA. Como su distribución es gratis para todos los sacerdotes de los Estados Unidos, y se está extendiendo internacionalmente, sus donaciones son muy importantes para nosotros. Sugerencias y comentarios son bienvenidos, así como los cambios de dirección y direcciones de los [sacerdotes] recién ordenados. El permiso de reproducción está garantizado para uso no-comercial. Editor P. Edward Carter S.J., Profesor de Teología en la Universidad Javier en Cincinnati, Ohio, USA, es el Director Espiritual para Shepherds of Christ Ministries. Presidente de la junta de Directores es John Weickert. Presentación del Buen Pastor por el Hermano Jerome Pryor J.S. Arreglos y diseños gráficos por Cathy Ring. También dedicado al progreso espiritual de los sacerdotes está funcionando una red de conexión mundial de grupos de oración para laicos/religiosos, Asociados a Pastores de Cristo, oficina principal en 2919 Shawhan Road, Morrow, Ohio 45152, USA telefono 513-932-4451, fax 513-932-6791.

Acto de Consagración

Señor Jesús, Pastor Principal del Rebaño, consagro mi vida sacerdotal a tu Corazón, traspasado en el Calvario por nuestro amor. De tu Corazón traspasado nació la Iglesia, la Iglesia a la que me has llamado, como sacerdote, para servir de la manera más selecta. Revelas tu Corazón como el símbolo de tu amor en todos sus aspectos, incluyendo el más delicado amor por mí, a quien has elegido como tu sacerdote-compañero. Ayúdame siempre para entregar mi vida en servicio a Dios y al prójimo. Corazón de Jesús yo pongo en Ti mi confianza!

Bienaventurada Virgen María, me consagro a tu maternal e Inmaculado Corazón, este Corazón que es el símbolo de tu vida de amor. Tú eres la Madre de mi Salvador. Tú eres también mi Madre. Tú me quieres con el más selecto amor como si fuese tu único hijo-sacerdote. Y en respuesta, me entrego enteramente a tu amor y protección maternal. Tú seguiste a Jesús a la perfección. Tú eres el primer y perfecto discípulo. Enséñame a imitarte en la forma de presentar a Cristo. Sé mi maternal intercesora para que a través de tu Corazón Inmaculado yo pueda ser guiado a una unión cada vez más cercana al traspasado Corazón de Jesús, Primer Pastor del Rebaño, que me conduce al Padre en el Espíritu Santo.

NOTAS:

1. Las citas bíblicas son tomadas de *La Nueva Biblia Latinoamericana*, Ediciones Paulinas (Madrid) y Verbo Divino (Estella, Navarra).
2. Guillermo Johnston, *El Misticismo Cristiano Hoy*, Doubleday Harper and Row, p. 88.
3. Eduardo Leen, C.S. Sp., *A Semejanza de Cristo*, Sheed & Ward, pp.198-199.
4. Eduardo Leen, C.S. Sp., *¿Porqué la Cruz?* Sheed & Ward, pp.46-47.
5. El Papa Juan Pablo II, *Sobre el Trabajo Humano (Laborem Exercens)*, United States Catholic Conference, No. 27.
6. El Papa Juan Pablo II, *Sobre el Sentido Cristiano del Sufrimiento (Salvific Doloris)*, United States Catholic Conference, No. 23.
7. San Juan Eudes, Lib. 1,5: *obras completas* 6, 107. 113-115 como en *Liturgia de las Horas*, Catholic book Publishing Co., Vol. IV, p. 1331.
8. *Suplemento al Oficio Divino para la Compañía de Jesús*, publicado por la Provincia Inglesa de la Compañía de Jesús, pp. 21-22.
9. *Directorio sobre el Ministerio y la vida de los Sacerdotes* como en *El Vaticano por dentro*, Noviembre 1994, Suplemento Especial. Para citas en los extractos, ver C.I.C. can. 929; Misal Romano, Institutio generalis, nn. 81; 298; *Sagrada Congregación para el Culto Divino*, Instruction Liturgicae instaurationes (5 Septiembre 1970, 8c; AAS 62 (1970), 701.)
10. Rita Ring, *El Libro de Misa*, Shepherds of Christ Publications, p. 103.
11. Eduardo Farren, *El Padre es muy Indulgente conmigo*, Dimension Books, p. 96.
12. Dom Hubert van Zeller, *Más Ideas para Orar*, Templegate, pp. 35-36.
13. Enrique Nouwen, *La Vida del Amado*, Crossroads, pp. 80-81.
14. Enrique Nouwen, *Las Señales de Vida*, Doubleday, pp. 98-99.
15. Enrique Nouwen, *Llevando a Cumplimiento*, Doubleday, p. 67.
16. *Ibid.*, p. 82.
17. San Agustín, Sermón 46, 29-30: CCL 41, 555-557 como en la *Liturgia de las Horas*, Catholic Book Publishing Co., pp. 305-306.
18. *Los Documentos del Vaticano II*. "Decreto sobre el Ministerio y Vida de los Sacerdotes", America Press, Cap. 3, No. 12.
19. Arturo Culkins, *Soul Magazine* Enero-Febrero, 1995, p. 30.
20. El Papa Juan Pablo II, *Rico en Misericordia* (Dives in Misericordia), United States Catholic Conference, No. 2.